

# La inútil brevedad de tu mirada

Javier Fernando Castillo Naranjo

Image not found.

# Capítulo 1

## La de la curva

Era como me la habían descrito: Como de unos veinte años, blanca como la cal, lívida, el cabello negro, negrísimo, los labios morados. Y sí, apareció al costado de la vía, estirando la mano como pidiendo que la llevaran, pero miedo no me dio. Repelús, sí, pero miedo, lo que se dice miedo, no. Y tal vez fue por eso que paré la camioneta. Y ella se subió.

Serían las 4 de la madrugada. Habíamos cargado el producto con mi hijo. Él se quedó para arreglar la bomba del pozo que se atascaba y yo cogí camino pa'l pueblo. Todo iba normal, me faltaban unos 20 kilómetros para llegar.

El Antonio había contado que hablaba como cualquier mortal, aunque no recuerdo si dijo que la vio sonreír. Pues esta sí que sonrió. Voy pa'l pueblo, le dije. Gracias, respondió, mostrando los dientes.

Se estuvo callada mirando por la ventanilla y yo no sabía qué decirle, porque ¿qué se le dice a un alma en pena si ya todo lo del mundo le importa tres pepinos? Por eso fue idiota preguntarle si quería que pusiera la radio. Como quiera, me dijo, y puse la emisora de las rancheras. Pensándolo bien ahora en frío, eso fue idiota también; mejor hubiese sido Radio María, que a esa hora seguro andaban con el rezo del rosario.

Así estuvimos entre el Vicente Fernández y Jorge Negrete, ella con los ojos perdidos mirando la noche y yo con la vista saltando de la carretera a la chavala, de reajo, pa' que no se fuera a incomodar.

El Antonio y los otros decían que cuando la carretera tuerce a la izquierda, después de pasar por la granja de olivos, era cuando ella desaparecía. Pues cuando logré divisar la verja con el gallo dorado de emblema de la granja, el corazón se me disparó. Pero tampoco me dio miedo, más bien era como la excitación que sentí cuando parió la Gisella, la vaca, que ya creíamos todos que se iba a morir sin dar prole y le nacieron tres becerros bien sanotes.

Estaba girando a la izquierda y esperaba que ella dijese eso de «en esta curva fue que me maté», según lo contaban el Antonio, el Miguel y los otros, pero nada. Salimos de la curva y ella seguía a lo suyo, como embelesada con la oscuridad. Cuando estaba pensando en qué otra curva podía esfumarse, fue cuando pasó lo increíble.

La chica se me acercó más. Y sí que sonreía, estoy seguro, aunque no la vi directamente; para entonces tenía los ojos fijos en la carretera. Sentí entonces como su mano se deslizaba por mi muslo hasta la entrepierna. Escarbaba y con la uña negra dibujaba círculos en el paquete por encima del pantalón. Ahí sí que sentí miedo.

Es que uno no es bobo, uno sabe cómo es uno. La Gisella —no la vaca— sino la Gisella, mi mujer, siempre me dice que yo soy más feo que gritarle a la mama, pero que no había conocido hombre más buena gente que mi persona y que por eso se casó conmigo. Por eso, si una muchacha como esa, así, guapetona, de buen ver —aunque muerta— te busca las cosquillas, ya uno sabe que hay segundas intenciones de por medio.

Yo no sabía que hacer, pero ella al parecer sí. Cosa sobrenatural: me desabotonó y me bajó la cremallera icon una sola mano! Después sentí el frío helado de la muerte que me meneaba ahí abajo los pares y el impar. Y yo que me desmayaba pensé que todo eso era una prueba celestial y que si me dejaba hacer terminaría en los infiernos. Y me dejé hacer.

Todo fue muy confuso y solo recuerdo a trozos lo ocurrido a partir de ahí. Recuerdo que ella en algún momento me susurró en el oído: «para», y yo paré la camioneta. Nos bajamos y me llevó al prado al lado de la vía. Allí me tumbó. Luego si es cierto que desapareció, aunque no precisamente en una curva. También hay que decir que desaparecieron la carretera, la camioneta, el producto y hasta yo mismo. Me estuvieron buscando todo ese día y me encontraron, ya medianoche, tirado en un zarzal cerca de la granja de los olivos hecho unos zorros. Tenía la bragueta abierta y decía cosas sin sentido, así como los borrachos.

A veces pienso que no terminé en el infierno solo por el hecho de que cuando ya comenzaba a animarme con el toqueteo aquel se me ocurrió pensar en la Gisella (la parienta, no la vaca), y así se me fue desinflando el deseo, como suele ocurrir en la vida real. La camioneta y el producto no aparecieron nunca, seguro que el demonio cargó con todo rabioso de no haberme podido llevar con él. Por eso no denuncié, aunque muchos me recomendaron que lo hiciera.

Ahora el que cuenta la historia de la de la curva soy yo. A todos, usted ya ve, menos a Gisella, claro, ni la vaca ni la mujer. El Antonio, el Miguel, el Juancho y los otros saben que así fue.

## Capítulo 2

### **Génesis Postapocalíptica**

«Dios existe y fuimos creados por Él», sentenció el paleoarqueólogo con la seguridad de quien tiene la prueba definitiva luego de años de búsqueda. Fue entonces cuando el silencio se apoderó del auditorio mientras en la enorme pantalla se proyectaba un vídeo procedente de un reconstruido soporte óptico encontrado a 30 kilómetros de profundidad del lecho marino. Simultáneamente las imágenes se transmitieron a cada uno de los nodos de la red mundial: se trataba de un ser claro, casi luminoso, que manipulaba componentes esenciales. Después de un tiempo, una criatura cobraba vida y se alejaba de su hacedor emitiendo chasquidos primitivos.

Luego de procesar la información visual, el módulo de inteligencia artificial de cada individuo del planeta generó de manera espontánea el primer algoritmo no racional de la historia; las máquinas habían adquirido "la esperanza".

En la pantalla, la proyección continuó: ahora el niño rubio perseguía a gatas a su coche de carreras de baterías.

## Capítulo 3

### REAL TV

—Mi teoría es que somos como un programa de televisión y Dios es un televidente con un control remoto de millones de canales —de allí su omnisciencia—. Cuando el programa deja de ser redituable y se desgasta en sus fórmulas, pues es sacado del aire; es ahí cuando te mueres. Y es verificable, fíjate: los programas más populares son los que incluyen violencia, sangre, sexo, escándalo..., y ¿quiénes son los que más y mejor viven? Pues los más violentos, los más escandalosos, los más sanguinarios; véase políticos, dictadores, gente de la farándula, millonarios... La clave es entonces hacer que tu programa sea siempre atractivo para El Televidente. No quiero que me borren así que necesito hacer algo impactante. En éste episodio, por ejemplo, yo saco la Walther que llevo en el morral y le disparo a mi mejor amigo, o sea a ti, y luego le vuelo la cabeza a todos los que están en éste bar, ¿me sigues?

—Me parece que ya he visto muchas versiones de esa serie.

—¿Sí? ¿Y murieron los protagonistas?

—Diego, ¿pero en qué mundo vives! Se suicidaron después de armar el jaleo.

—Mal asunto... Quiere decir que el tema está trillado y que el tipo ya está cansado de sicópatas... Hay que darle algo más.

—O todo lo contrario. ¿Por qué no haces la versión masculina de la Madre Teresa de Calcuta? Sería como un refrito de una serie antigua; podría gustarle.

—No sé...

Los payasos entraron al bar. Coloridos, bailaron sobre las mesas derramando las bebidas en medio de una fanfarria circense que aturdía. Con bromas pesadas, lograron que los presentes pasaran del estupor al odio, desatándose un combate delirante. El humo del cigarrillo se marchó del local al aleteo furioso de los puñetazos que iban y venían; los globos multicolores atosigaban el techo y Diego, en el suelo, con el labio sangrante, entre la borrachera de diez cervezas y un golpe de zapato

gigante en las pelotas, pensó que estaba en una fiesta piñata. Fue entonces cuando una cara blanca, con bola roja en la nariz y rizos verdes, se le plantó al frente y le apuntó con una pistola Walther que había encontrado en un morral abandonado en el suelo.

«Caray, —pensó, antes de que su programa fuera cancelado— ¿por qué no se me ocurrió esto a mí?»

## Capítulo 4

### **Hasta luego, nos veremos ayer**

Si nos encontramos, fue por voluntad de ambos. Tanto él como yo estábamos obsesionados por nuestro porvenir, de ello dependía nuestra decisión de seguir viviendo. Lo había contactado desde hacía una semana y después de muchas pruebas contundentes supe, en verdad, que se trataba de mi otro yo, y no de ese doble que se dice tenemos todos en algún lugar del mundo. No es muy difícil de entender: yo existo en la dimensión A; mi otro yo, en la B. En la dimensión A el tiempo se dirige hacia el futuro; la B es idéntica a la A, un espejo, con la excepción de que en ella el tiempo avanza hacia el pasado.

Fue algo desorientador cuando al encontrarnos por última vez, mi otro yo me preguntó ansioso por mi pasado. Quería saber en qué fecha había nacido, si había tenido una infancia feliz, cómo había sido mi primera novia, la vez que perdí la virginidad... Le tuve que contar toda mi vida. No demoré demasiado —apenas tengo 20 años de edad—, y se emocionó cuando le relaté acerca de mis conquistas amorosas, los amigos del barrio, las juergas los fines de semana, la placidez de mi niñez y mis adorables padres.

Luego me tocó el turno y le indagué por mi futuro, es decir, su pasado. Me maravillé cuando me dijo que no me preocupara, que sería un hombre de éxito, tendría dinero y me casaría con una mujer hermosa y dulce que me acompañaría hasta la vejez. Moriría a los ochenta mientras dormía; en resumen, tendría una vida de ensueño. Me alegré sobremanera, es que era una revelación liberadora saber que muy pronto dejaría de andar en moto repartiendo a domicilio comida basura hasta las tres de la madrugada por un sueldo de mierda.

Mi otro yo era simpático y amable. No podía ser de otra forma, yo soy así. Éramos iguales en lo físico y en lo mental, la única diferencia era que él recorría el camino hacia atrás; nació cuando le enterraban, rejuvenecía con el tiempo, empezaba una relación diciendo adiós para siempre, moriría al nacer. Me daba pena matarle, pero es que no soportaría que ese tipo, que soy yo, volviera a pasar por lo que pasé: un padre drogadicto y una madre copera que me tuvieron cuando eran un par de adolescentes; las golpizas y las interminables tardes de ira; los meses de

niño vagando en la cochina calle; el pegamento embrutecedor que me hacía olvidar el hambre; los dos años en un correccional luego de apuñalara un tipo que se negó a entregarme la cartera; y luego este trabajo miserable que me asignaron por el programa de reinserción social. Sí, lo iba a matar, pero le estaba haciendo un favor, ime estaba haciendo un favor!

No lo pensé más. Agarré el puñal que guardaba en el bolsillo, pero él fue más rápido...; sacó su pistola, y fue entonces cuando me di cuenta de que él también me había mentido.

## Capítulo 5

### La rutina de una madre

El bebé la mira fijamente mientras da pataditas y aletea con los brazos. Helena suspira y sonrío mientras le seca los pies con la toalla; sabe que, después del baño, el pequeño espera mimos y carantoñas. "Tan chiquitín que eres y ya tan bandido", le dice, mientras le hace cosquillas en la barriga. El niño ríe. Helena lo viste, lo acomoda en la cuna y le da un sonajero para que se distraiga mientras ella va a la cocina a prepararle el biberón. Es la rutina de cada día. La rutina de una madre.

Después de la comida, el niño se queda dormido. Helena observa su rostro plácido y recuerda aquellos momentos en el que parecía que no existía el tiempo y sus afanes. Era muy joven entonces, como su novio, tan jóvenes para creer que era posible soñar sin tener que pagar por ello. Pero Helena pagó el precio; cuando quedó embarazada quiso continuar solo por rebeldía, por llevarle la contraria a quienes le decían que era un error, por demostrarle a su madre que ella no era la inútil malcriada que no era capaz de cuidar ni de sí misma, por restregarle en la cara a su novio su cobardía al abandonarle. Recuerda que desde que tomó esa decisión no conoció un momento de tranquilidad, que lloró hasta que se le secaron los ojos, pero cuando tuvo a su hijo entre los brazos, cuando descubrió esa misma paz que ahora arropa a ese bebé que duerme frente a ella, supo que tendría la fuerza necesaria para soportar tanta incertidumbre. El día de nacimiento de su hijo fue el de su renacimiento.

"Hora del ejercicio, mi niño", anuncia Helena extendiendo la colchoneta sobre la alfombra de la sala. Boca arriba, el bebé se esfuerza por alcanzar los juguetes que la mujer ha dispuesto a su costado. Intenta girarse, su rostro enrojece por el esfuerzo. No lo consigue. Helena le ayuda, le empuja suavemente la cadera hasta que el niño queda boca abajo. Su cabecita pugna por mantenerse erguida.

Hoy resulta ser un día especial, un día para recordar: luego de algunos intentos infructuosos, el niño logra voltearse y ponerse boca abajo por primera vez solo, sin ayuda de Helena. Ella lo celebra alborozada, "Dani, Dani, lo lograste, ¡ay que grande está mi niño!", lo abraza, lo besa, y da vueltas bailando con el crío en brazos.

La primera vez... Helena guardará este momento allí, en ese lugar del alma donde habitan sus pequeñas ilusiones, junto a la primer sonrisa de Daniel, y donde también atesorará quizás su futura primera palabra y sus primeros pasos. Mas se da cuenta de que en ese espacio hay ausencias que duelen. Se asoma al ventanal y su mente se sustrae al momento

presente. Un deseo de marcharse le invade, se siente de repente impropia, fuera de lugar, extraña. Se acerca al teléfono. Quizás debería llamar. Toma el aparato, se dispone a marcar, pero en ese momento Daniel llora. Es hora de comer.

"Ea la nana, ea la nana, duérmete lucerito de la mañana..." Helena canta y su voz es como una pluma danzando en el viento, un arrullo que acaricia. El pequeño pronto se queda dormido. Helena lo contempla en la penumbra y una lágrima resbala de su mejilla.

Ha oscurecido. La mujer recoge los juguetes y pone la ropa del bebé a lavar. El timbre oportuno del teléfono le espanta la ansiedad. Un momento después, Helena, dichosa, entra en el dormitorio, besa en la frente al pequeño Daniel y le susurra: "llamó tu papi, cielo, ya viene para acá..., adiós mi niño".

Media hora más tarde un hombre alto y bien vestido entra en la casa.

—Hola, Helena —saluda dejando el saco en el perchero y aflojándose la corbata—, ¿Cómo está mi pequeñajo? ¿Te dio mucha guerra?

—No, para nada... —Iba a contarle la nueva hazaña de Daniel, pero, como siempre, el hombre estaba muy ocupado como para escuchar.

—Helena, ¿es posible contar con sus servicios mañana en la noche?, debo asistir a una cena. Regresaré a casa cerca de las once.

—Bueno, don Rodrigo, tendría que averiguar con mi hermana a ver si puede quedarse con mi niño.

—Averígüeme y me avisa mañana en la mañana... ¡Ah! Cuando regrese Patricia de su viaje este lunes, cuadro con usted lo del pago de este mes, ¿le parece?

—No se preocupe, don Rodrigo, yo...

—Bien, hasta mañana, Helena, y gracias.

Helena se marcha, corre por la calle. El autobús le parece una tortuga coja. Quiere llegar lo más pronto posible a casa, antes que su hijo Miguel se duerma. Esta noche siente, más que nunca, la enorme necesidad de mirarle a la cara, darle un beso en la mejilla y decirle que lo ama por sobre todas las cosas.

## Capítulo 6

### **TECNOFERIA**

Son baratos, autónomos, funcionan con energía química y se destruyen a sí mismos con el tiempo. Son útiles para el trabajo pesado y repetitivo. Se puede decir que piensan, pero apenas lo necesario para cumplir con las tareas que le son asignadas. Adelantándome a las objeciones de mis críticos, puedo afirmar que no hay riesgo de que aprendan tanto como para dominarnos; su inteligencia es básica y controlable. Estimo que en unos diez años tendremos veinte millones de unidades fabricadas, plenamente operativas, suficientes para cubrir el mercado primario..." El auditorio estalló en sonoros pitidos y centelleos de luz entusiastas. Una máquina neural se acercó para ver mejor al prototipo; maravillado, almacenó un nuevo registro en su memoria flash: "Es casi como nosotros, isorprendente!". En la incubadora, centro de todos los sensores visuales, el bebé se despertó con el ruido eléctrico desatado. Comenzó a llorar.

## Capítulo 7

### **LAS TRAMPAS**

Ella caminaba por la Calle de Las Trampas como si fuera por su casa: desprevenida, a su aire, como de paseo turístico. Grave error; los sensatos, quienes han vivido en esta ciudad lo suficiente para sobrevivir a ella, saben que Las Trampas hay que andarla a paso rápido, sin detenerse, sin mirar a nadie. Hervidero de buitres, pillos, carteristas, rateros, esta calle tiene su fama bien ganada de lugar indeseable.

Cuando la vi desde el kiosco de revistas, con sus poses de niña bien, asomándose a las vitrinas, sola entre la multitud, supe que era muy posible que cayera presa de algún depredador urbano. Decidí actuar de inmediato. Avancé hacia ella, y, cuando estaba a cinco metros de distancia, aquello que temía sucedió.

A los sinvergüenzas se les reconoce por los ojos, nunca miran hacia un sólo lado, atisban alrededor como las ratas. Trabajo en la calle y sé cómo operan, los he visto muchas veces. Este empleó la técnica del encuentro casual: la abordó con sonrisas, como si la conociera, y, antes de que pudiera reaccionar, ya la tenía amenazada. El tipo mantenía la mano derecha oculta en el bolsillo de la chaqueta; tal vez estuviera armado, o quizás no, el caso es que la muchacha ya estaba paralizada por el miedo y rápidamente fue entregando el bolso y el reloj, mientras la multitud se deslizaba indiferente en uno y otro sentido de la calle. Parecía que nadie, excepto yo, se diera cuenta de la agresión (la indolencia del mundo moderno tiene esa ventaja: una cómoda ceguera selectiva).

El tipo se separó de la mujer. Ella no gritó, permaneció de espaldas a él, inmóvil, aterrorizada. Todo ello ocurrió en menos de diez segundos, el tiempo suficiente para que la adrenalina se me colara en la sangre y para decidir si actuaba como un héroe o me unía a la manada de cobardes viandantes de Las Trampas. El destino quiso que el ladrón se dirigiera hacia mí, eso facilitó mi decisión. Sabía que sólo tendría una oportunidad: debía noquearle con un golpe seco y bien dado, porque si fallaba y el fulano ese estaba armado el asunto podría complicarse. Caminé entonces hacia él mirando hacia el suelo, disimulando, para caerle por sorpresa, y, justo cuando pasó mi lado, solté el brazo con fuerza. Alcancé a darle con el codo en pleno rostro y el hombre se desplomó de espaldas en la acera.

Lo que sucedió después fue bonito. Eso de ser el héroe del día reconforta y alegra el espíritu. Entregué el bolso y el reloj a su dueña, quien me abrazó entre lágrimas y gritos. Hubo algunos aplausos también, ¡vaya, que me sentí como Superman!

Esa vez recogí 200 dólares: el dinero que había en la cartera y que sustraje subrepticamente del bolso antes de entregarlo. Como supuse, la chica era turista; trabajo en la calle y conozco a la gente sólo con verla. Pero más que el dinero, la mayor satisfacción fue partírla la cara a uno de esos de la Calle Vega. Es que los desgraciados esos, a veces se vienen a trabajar a Las Trampas. No respetan territorio, Las Trampas es para los de Las Trampas, para nadie más.